

PRISIONES Y PARAÍDOS

COLETTE PUBLICÓ *Prisons et paradis* EN AGOSTO DE 1932
(PARÍS, FERENCZI). EL LIBRO INCLUÍA 31 TEXTOS INÉDITOS Y 2
YA PUBLICADOS POCO ANTES: *Paradis terrestres* (ENERO DE 1932)
Y *La treille muscate* (ABRIL DE 1932). CON TODO, TRES AÑOS MÁS TARDE
COLETTE PUBLICÓ UNA NUEVA EDICIÓN DE *Prisons et paradis*
(PARÍS, FERENCZI, DICIEMBRE DE 1935), QUE HA QUEDADO COMO LA DEFINITIVA
Y ES LA QUE AQUÍ TRADUCIMOS.

LA PRIMERA VERSIÓN AL CASTELLANO DE *Prisiones y paraísos*,
A CARGO DE E. PIÑAS, LA PUBLICÓ EN BARCELONA PLAZA Y JANÉS EN 1963
EN EL SEGUNDO TOMO DE LAS OBRAS COMPLETAS DE COLETTE,
DE LAS QUE NO HABÍA SALIDO HASTA AHORA.

ESTA NUEVA TRADUCCIÓN SE DEBE A JULIA ESCOBAR.
POETA, NOVELISTA, CRÍTICA LITERARIA Y TRADUCTORA, JULIA ESCOBAR
HA VERTIDO AL CASTELLANO A POETAS COMO RIMBAUD, PONGE,
JABÈS O MICHAUX, POR CUYA TRADUCCIÓN DE *Frente a los cerrojos*
(VALENCIA, PRE-TEXTOS, 2000) OBTUVO EL PREMIO STENDHAL EN 2001.

DE COLETTE HA TRADUCIDO *El nacer del día* (VALENCIA,
PRE-TEXTOS, 1996), *Amores contrariados* (BARCELONA, ALBA, 2002)
Y *La gata* (BARCELONA, NORTESUR, 2008). EN 1999, SU LABOR DE
DIFUSIÓN DE LA CULTURA FRANCESA FUE RECONOCIDA POR EL MINISTERIO
DE CULTURA DE FRANCIA AL DISTINGUIRLA COMO CABALLERO DE LA
ORDEN DE LAS ARTES Y LAS LETRAS.

Colette

1873-1954

PRISIONES Y PARAÍOSOS

1935

Traducción del francés de
Julia Escobar

Postfacio, cronología y bibliografía de
Luis Prat Claros

NORTESUR

Barcelona
2008

PARAÍOS TERRESTRES

SERPIENTES

Sesenta, ochenta kilos de serpiente sobre la horquilla baja del árbol muerto. Nada parece vivo en esa jaula. ¿Se moverá primero esa rama baja? Pulida, lustrosa, ungida por generaciones de reptiles, cilíndrica, ondulante, inflada por partes... ¿Fue ella la que se tragó un conejo la semana pasada?

En la horquilla alta duerme un quintal de pitón, o parece que duerme. Enroscada primero en espiral, ha apuntalado después su equilibrio tejiendo unos «ochos» de lana. Mas ¿qué hacer con los tres metros que aún cuelgan? La pitón ha levantado el sobrante como le ha parecido, lo ha sujetado mediante llaves, nudos de tejedor, y ha escondido la punta. Dos harapos transparentes, dos redes de tul grueso, color araña, atestiguan que la primavera ha sacado de ellas mismas a las dos grandes serpientes.

Están nuevas. El arroyo, el arma niquelada, resplandecen menos que ellas. ¿Pero dónde están el cuello, el flanco, la cabeza? Un revestimiento de esmalte cubre esos cilindros oprimidos por su propio peso. La espalda, el flanco —si el flanco es la espalda— ostentan el azul de la golondrina, el verde amarillento del sauce, dos o tres marro-

nes de alfarería cruda barnizada, otros tantos colores cremas, agenciados según los mosaicos más simples, y yo, ingenuamente, digo: «La ingenuidad de esos dibujos...», en el preciso momento en que percibo que, en un punto, los pequeños cuadrángulos escamosos, aquí cuadrados, allá estirados como rombos o aplastados como trapecios, forman una especie de ojo, una órbita provista casi de una mirada muerta, y retrocedo... Ese animal que esconde su fin y su comienzo, que mira, espanta con su espalda, no somos ni del mismo país, ni del mismo vientre...

Recuperémonos. Se respiran aquí efluvios de charcas semisecas, de excrementos desconocidos, una atmósfera verdosa y dulzona que debilita el estómago. De no ser por el chaparrón de fuera, que oscurece el día, habría buscado refugio donde la jirafa o en el pabellón mundano de los loros. Decía pues que ciertos arabescos se leen como letras del alfabeto —una O, una U, una gran C, una pequeña G— en esos monstruosos cables inmóviles... Nada más pensar «inmóviles», y las paredes de la jaula, su charca turbia y el suelo que me sostiene se tambalean al compás, durante unos segundos, justo un sueño. No se puede medir la duración de los cataclismos... Quisiera salir de este recinto sofocante, ascender una colina aireada, comer un limón o algo crudo con vinagre... Felizmente todo recupera su inmovilidad... ¡Que se paren! De nuevo todo se tambalea, se desliza de forma espantosa; no siento ninguna sacudida, sino una dulzona inclinación acompañada de una deformación convexa... Es la pitón que se ha movido, la pitón a la que creía inmóvil —desconfiemos de esa palabra, desconfiemos; un pequeño desvío, dejémoslo así— y que se ha puesto en movimiento, sorprendiendo mis sentidos, mis

ojos limitados y acostumbrados a la pata, al salto, gobernados por la lógica del paso...

La pitón se mueve: así avanza la marea por las grandes playas, suspendida de la luna. Así se propaga el veneno por las venas, así el mal por el espíritu. Seguiría creyendo que no se mueve si la luz oleaginosa que se desprende de ella no se moviera por sus nudos con una armonía angustiosa. La pitón se agita sin ir a ninguna parte. No ha liberado ni la cabeza ni el rabo. Se funde en sí misma, se recomienza, avanza y no cambia de lugar, se reabsorbe y se dilata sin deshacer sus nudos.

La pitón se agita y el universo sólido se tambalea. ¿Puede ser que desde la primera serpiente del mundo, el hombre fluctúe y titubee bajo el peso de una serpiente? Se agita y complica la confusión de sus lazos, deforma sus monogramas y me engaña: la O se convierte en C, y la G en Z. La pitón se licua, se funde a lo largo del árbol y por otro lado se retracta, congelada... se esfuerza, presagia no sé qué eclosión..., en lo más tupido de las espirales que luchan y se mezclan se entreabre al fin un estrecho abismo que expulsa una cabeza: una cabeza pequeña y plana, como laminada por su propio esfuerzo, y que ya ni siquiera es odiosa, sino alegre, adornada por unos ojos de oro imperturbables, unas fosas nasales rígidas y curvadas y una boca horizontal. Respiro: la pitón es sólo un animal, y no una especie de infierno concéntrico, un caos nauseabundo sin comienzo ni fin. Es un animal como usted y como yo. Tiene el cuello delgado, dotado de gracia, lo dirige a mí de golpe, con una velocidad, una enemistad que me tranquilizan. Pero se para, incomodada, y su cabeza inicia esa inclinación regular, esa danza lateral común a todos los ani-

males salvajes, a todos los prisioneros: cuello suelto, lengua flamígera, tal vez el castigo de esa cabeza sea arrastrar detrás de ella, para siempre, esas veinte brazas, esos cien kilos de serpiente...

LOS PAVOS REALES

El pájaro está lejos. Tengo mala vista, y él sólo pisa la tierra por necesidad. El carbonero baja con audacia hacia mí como si me hubiera escogido, y juega de matorral en matorral, demostrándome que su ala azul es amarilla en secreto. No tiene miedo a nada, pero otros son tímidos... Me relacioné con la golondrina en la edad en que a una hija de hombre no le sorprende demasiado llevar dos golondrinas jóvenes en el bolsillo, con el pico fuera, o en la cabeza, o en el hombro. Hoy, acogería semejante favor con muchos «¡Oh! ¡Ah!». Cuando sólo pueda sorprenderme, creeré que compensa envejecer. Pero sabiendo adónde voy, y cómo se me va el tiempo, tengo que reducir el número de mis perplejidades y contemplar, sobre todo, lo que prefiero. Prefiero a los animales con cuatro pies o patas. Ese pájaro, que siempre tiene los brazos cruzados a la espalda, y que sólo los utiliza para volar, me intriga, se me escapa, me encandila menos que los cuadrúpedos. La pata anterior, su garra, su dedo, su planta cálida, su posibilidad de estrechar y de rechazar, de imitar, ¡qué parentesco!, ¡qué seducción! En el Zoológico de Berlín, un canguro aún algodónoso, cruza los dedos de las manos, los levanta enlazados hacia nosotros, nos implora... Quisiera no saber nunca por qué nos suplica... Además, no es en él en quien quiero pensar.

Ahora me interesa una pareja de pavos reales... un par de pavos reales, porque los dos son machos. Me interesan como si fueran un sueño en colores, como un meteoro que ha dejado en la noche su surco imaginario, como el mar fosforescente, como todo lo que fulgura, se apaga y desafía a la descripción.

Mi amiga Rosine vio un día pasar ante ella, cerca de Cancalle, una tromba seca, un huso de aire furioso que recorrió oblicuamente el cielo por encima del mar y se hundió en el golfo de La Guimorais. En el trayecto, su alma había aspirado y amasado en un nudo fusiforme arena, ramas, paja...

Rosine quería describirme ese fenómeno atmosférico, su masa de aire torcido, transparente y visible. Empezaba turbada:

—Imagínese... Ya está: salió de allá... una especie de humareda... No, no era eso, una humareda nunca es tan rígida... Más bien una especie de... Nada describable, ni terrestre... ¿Cómo explicarlo?... Una flecha que... Pero, no, eso no se parecía a una flecha...

Hizo un gesto de impotencia, intentó de otro modo, sin éxito, y la consolé diciéndole que no había palabras para describir el Juicio Final, ni sus ángeles resplandecientes y deformes, ni el ciclón, ni el maremoto, ni el volcán...

Tampoco puede describirse el pavo real. El lofoforo, el martín pescador, la urania-rifea y miles de criaturas aladas se ríen de nuestros pobres medios. Pero nosotros insistimos, queremos describir el pavo real. Una estilográfica de doble punta, que avanza con dificultad y deja su tarda huella de tinta en la hoja blanca, invoca la magia y ordena: «¡Miren, yo lo quiero, miren, aquí está el pavo real!».

... Están delante de mí, cercanos, fuera de mi alcance. Si les tocara con la mano, no habría polvo de arco iris en mis dedos lloviendo sobre mi escritura húmeda ni aferrándose, por gracia exclusiva, a las palabras que busco. Ambos son libres y fieles a esa morada. ¿Quién dijo que los pavos reales tienen los pies feos? Seguro que fue un hombre que ocultaba sus inconfesables dedos en gruesos zapatones. Guerreros, príncipes, los pavos reales llevan botas y espuelas. Bota escamosa, duro pie circunspecto, que se aparta del barro. Más circunspecto aún cuando el par de pavos reales pasa bajo mi ventana: junto a mí vigila el único ser al que temen: una perra brabantona, minúscula, que detesta a los animales de pelo largo y a los pájaros portadores de cola. Estos últimos acaban de descubrir a mi perra y se detienen. El fuego inestable que les envuelve se congela por unos instantes y se mantiene en un azul fijo. Azul el cuello, azul el caparazón de lisas plumas, que se ondulan en pequeños rizos cuando hacen la rueda con las grandes plumas de la cola. La cimera azul tiembla como un ramillete de gramíneas maduras, menos por el viento que por el ritmo de un corazón inquieto. Hablo de «azul»; pero cómo llamar a ese color que supera al azul, empuja los límites del violeta y provoca el púrpura en un terreno más mental que óptico, porque si llamo púrpura a una vibración de color que parece cercar ese azul, en realidad no la veo, la presiento. ¡Pretender describir el pavo real es locura! Ese azul que yo pretendía describir ha desaparecido, los dos pavos reales se han puesto en movimiento, en paralelo, y sólo los cubre el verde bronceado, pues una nube en el cielo los ha apagado. Verdes, naranjas oxidados, los pavos reales se avanzan; verdes en sus órbitas de terciopelo negro dormitan los ojos de su cola;

reina por doquier un verde negro, pesado, como el de las alas de las libélulas sobre las charcas espesas...

La perra brabantona, al acecho, acaba de ladrar una sola vez, sin pasión. Suficiente para que los pavos reales se vuelvan ofendidos, y acechen de perfil mi ventana. Alrededor cada ojo negro –uno por cada pavo real– se perla una pequeña burbuja de ignición, roja por los jadeos. En la frente, en la nuca, está pegado un yelmo cuya malla es plumón que contiene todos los fuegos... Ante los ladridos insultantes y repetidos de la brabantona, los pavos reales, indignados, yerguen el cuello para implorar al cielo a los genios gnósticos de los que son devotos, puesto que juntos invocan: «¡Eones! ¡Eones!». Pero nada descende de las nubes, ni siquiera cuando el primer pavo real, imitado por el segundo, con un orgulloso esfuerzo que las hace vibrar como las flechas en el blanco, abre las grandes plumas de la rueda que ofrece a los cielos. Se pasean un rato frente a mi ventana, con la cabeza y la cimera, gloriosos, descansando en el centro de su ser engrandecido, rodeados de ojos suspendidos... Humildemente me sustraigo aquí a mi deber, que sería el de describir al pavo real...

¿Por dónde ha escapado la perra? ¡Va corriendo a atacar a los pavos reales! Ellos lanzan el graznido de oro un poco herrumbroso, grito de guerra y de miedo, y huyen. En su vuelo, con la cola arremangada, me muestran la tibia nieve gris de su rabadilla y la armadura, fuertes tablones de plumas lisas, leonadas, mates. Huyen, bien armados; huyen porque el enemigo es de una espantosa pequeñez. Sus largas galas les siguen, con murmullo de follaje arrastrado, y el corto animal amarillo que les persigue valerosamente atrapa alguna brizna suprema y dorada...

No. Los dos, después de tres brincos que parecen de trampolín, acaban de saltar por los aires, donde avanzan trabajosamente. Como surtidores, se afanan en el cielo, pronto se debilitan y aterrizan en un tejado bajo, entre una espumeante glicina y un rosal trepador rojo. «¡Eones! ¡Eones!» Tranquilizados, invocan lo invisible, y abriendo sobre las tejas inclinadas su milagroso manto se prestan a cualquier rayo, captan el prisma e incesantemente me proponen –locura, tentación, sed que no conoce ni el manantial ni la frescura del pozo– que describa a los pavos reales...

ARDILLA

Era una ardilla de antes de la guerra. Su delicado donante me la deslizó en el bolsillo del abrigo cuando me disponía a subir a un coche, tras haber admirado –y rechazado– sucesivamente un coatí mixtificador y oloroso, un ocelote de un año, una leona de cuatro meses y un sapo grande como una ensaladera, llamado Anatole que, según me aseguraron, sabía «dar la pata».

Creo haber hablado en otra parte de esta ardilla del Brasil, color de bronce verdinegro, rojos el penacho y el vientre; pero hice de ella un esbozo prematuro e ignoraba lo esencial, ya que la llamaba «ardillo» y Ricotte. Otros más astutos que yo se habrían engañado...

Desde el principio advertí que Pitiriki era realmente salvaje, es decir, que ignoraba lo que es el hombre y era confiada hasta la intrepidez. El alma de los piratas y de los barones forajidos ardía en ella y se movía a gusto en un cuerpo que, erguido, medía veintidós centímetros.

El primer día hizo temblar a la gata persa, y la perra bull perdió la palabra delante de ella. ¿Quién no se hubiera estremecido al contemplar a ese duendecillo risueño, pavoneándose en el respaldo de una silla, mirando todas las cosas con un ojo oblongo, como el de los antílopes? Al hablar, agitaba sus redondas y cautivadoras orejas, ribeteadas por un cordoncillo en relieve, y lanzaba a tropel sobre mis animales consternados, cáscaras de avellanas y verdades perentorias.

El primer día bebió leche, se secó las manos en mis cabellos y saltó por los aires, imitando el chillido del arrendajo. Corrió por el techo, a lo largo de la cornisa; poco después se había comido la nariz de un personaje con casco y semidesnudo de una tapicería Luis XIV. Pero no pensó que yo quisiera castigarla y se dejó caer en mi hombro, donde cardó mis cabellos y empujó bajo mi oreja su fría naricita amistosa, su lengua carnosa y su singular aliento, que olía a almizcle.

—Es bonita, pero ¿es cariñosa? —me preguntaban mis amigos y mis amigas.

Pensé que eran muy atrevidos al plantear tan crudamente esa pregunta, su pregunta, siempre la misma pregunta. Cuántas exigencias y qué vil intercambio comercial con los animales... «Dar, dar.» ¿Y qué damos nosotros? Un poco de comida... y una cadena.

—¡Átala, ha cogido un ovillo de lana!

La cintura de Pitiriki estaba pelada por culpa de los eslabones del arnés que llevó desde pequeña. Cuando ese penacho aéreo, ese airón, esa pavesa, daba volteretas producía un ruido de presidiario.

—¡Cógela, átala! Se lleva la bombonera!

La ardilla, cautiva, deslizaba su mano de largos dedos, esa cuidada mano que se lavaba diez veces al día, entre su arnés de acero y su costado y se ponía pensativa. Cuando me la llevé al campo comprendí que hasta entonces había llevado una triste vida urbana. No cruzó enseguida el umbral de la jaula abierta. Apretaba las manos contra el pecho, contemplaba un verde infinito de jardines, de prado y mar, y vibraba con un temblor regular, que sólo puedo comparar a la palpitante agonía de las mariposas. Sus bellos ojos, abombados como lágrimas, contemplaban el verde universal, pero Pitiriki había vivido lo suficiente con nosotros como para no creer en los dones desmesurados. Cogí la punta de su cadena y me siguió por la hierba, donde orinó como es debido y desgranó un rosario de pildoritas negras. Luego, con las dos manos delanteras, cogió la rama baja de un ali-gustre en flor, la sacudió de manera frenética y la mordió como para asegurarse de que estaba viva.

Veía entretanto a los pájaros por el aire y los saludaba con un movimiento de cuello que casi la levantaba del suelo.

Sin embargo, en aquella época sólo conoció una cadena un poco más larga. ¿No había que temer a los gatos vagabundos, a los perros, a las noches frías y, sobre todo, a mis cuatro gavilanes, mis vigías giróvagos? Los animales libres se le acercaban a veces hasta embriagarla de alegría o de cólera. Se enteró de la existencia del lución; al verlo, concentró los pliegues de su frente entre las orejas, se le erizó el pelo de la nuca y del rabo, y la sangre nubló el oscuro cristalino de sus ojos. Antes de que yo hubiera podido intervenir, Pitiriki había realizado una especie de salto peligroso en el aire, una cabriola de gallo de pelea y la lenta e inofensiva serpiente yacía, partida en dos...

Pero por el sapo, la ardilla sólo manifestó una repugnancia bastante perversa. Llegó a tender su mano uñosa a la gorda criatura granujienta y a rascarle la cabeza costrosa con una semblanza de amistad; pero en cuanto el animal reaccionaba y se inflaba, Pitiriki veía entonces literalmente todo rojo y profería su áspero grito de guerra.

Sus vacaciones de Pascua transcurrieron amables y colmadas, y engordó. Además de las avellanas, nueces y almendras que le daba sin tasa, royó una cortina, el ángulo de un cuadro, agujereó una cuchara de plata, se paseó todo un día estrechando contra su corazón una rama de uvas para los labios. Revoloteaba alrededor de mis hombros y me soplabá en la oreja, pero yo detestaba el ruido de su cadena y la pequeña franja de pelo ralo en torno a sus sedosos flancos...

En París, mayo y junio llenaron mi estrecho jardín de acacias blancas, de rododendros y girasoles. Pitiriki, en su jaula, se frotaba la suave nariz entre dos barrotes... Yo sabía que acabaría abriéndole la jaula, que le desataría la cadena y que lo lamentaría.

Cuando infligí la libertad a Pitiriki, recuerdo que bajo una brisa de junio las flores de acacia y los pétalos del cerezo doble rayaban el aire con una nieve oblicua y que la ardilla, libre, no se movió. Permaneció largo rato absorta, apoyada en la ventana, sentada y con las manos cruzadas. Suspiró como suspiran todos los animales emocionados, y también los hombres. Esbozó su gesto familiar –los dedos entre el vientre y su arnés– y ya no encontró su cadena. Dio un saltito torpe, medido según la longitud exacta de la cadena rota; después un segundo salto de ensayo; sólo entonces me miró. Por último, tosió de angustia, cobró impulso y desapareció.

Al caer la tarde, grité su nombre, en vano. Pero ya cerrada la noche, la tosecilla seca de la ardilla me llamó severamente a la ventana, y Pitiriki irrumpió como si fuera la dueña de la habitación. Se tambaleaba, ebria de aire, de árboles, de flores, de alturas. Bebió en el grifo del lavabo, se peinó con las dos manos, y preparó su cama –un enorme ovillo de lana que abría y cerraba sobre ella todas las noches– con los modales de un soldadote: «¡Mi cama, por todos los diablos, mi cama!». Soñó agitadamente durante la noche, y al día siguiente la encontré sentada, libre, al borde de la ventana, esperando no sé qué tortura ideal de una cadena que ya no existía...

Aquel día no salió del jardín. El paraíso terrenal se reproducía en los rododendros, en las acacias, en las goteras de mi casa de techo bajo. Una bandada de golondrinas y de gorriones rodeaba a Pitiriki, la interrogaban con la voz, a veces con el pico; ella charlaba sin freno y se entregaba a cabriolas que los pájaros aplaudían ruidosamente. Llena de júbilo, persiguió a mi gata sagrada, la expulsó de la acacia, en la que se quedó encaramada, vencedora, erizada como un cepillo y lanzando cientos de desafíos: «¿A quién le toca ahora?».

Días de gracia, lejos de todas nuestras leyes... Pitiriki visitó el islote de jardines, limitado por tres calles. Lejos de perder su sociabilidad la extendió a los vecinos de la isleta, que venían a contarme cosas.

–Pitiriki ha almorzado en la calle de Nicolo, se ha comido las nueces de la compotera y algunas pasas...

–Pitiriki ha pasado dos horas en la calle Vital. Se instaló en el piano y escuchó a la jovencita que daba clases de canto.

–Venimos de casa de la señora Héglon-Leroux para ver si Pitiriki ha traído aquí un peine pequeño de concha, montado en plata, que cogió del tocador. La señora Héglon-Leroux ha dicho que si no lo encontramos no pasa nada...

Regresaba por la noche, se iba por la mañana, fresca, lustrosa, rozagante, explotando de libertad y hasta de gratitud, ya que jamás se olvidaba de regresar, de prodigarme caricias y besos de ardilla. Ese reiniciar el mundo, ese equilibrio, esa inocencia entre el animal salvaje y nosotros duró dos o tres semanas. Una noche Pitiriki no regresó ni volvió ninguna otra noche. La mano humana, estoy segura, había vuelto a caer sobre ella, sobre su suave pelambre, sus elásticas patas posteriores, hechas para el largo salto planeado, sus orejas que se doblaban hacia los lados para ofrecer su cráneo a la caricia.

Cuando pienso en Pitiriki, y en otros animales poco acostumbrados a convivir entre nosotros, amargamente enclaustrados, me siento muy a menudo «malvada para el hombre...».

PERRA BULL

–¿Otra perra bull?

–Ya ve usted.

–¿Pero por qué otra bull?

–Sin duda porque no tengo imaginación...

–Además se parece increíblemente a la que murió...

¡Pero increíblemente!

Increíblemente. ¿Lo oyes, perra? Es la única palabra

ÍNDICE

PARAÍOS TERRESTRES	7
Serpientes	7
Los pavos reales	10
Ardilla	14
Perra bull	19
Lagarto	24
La pantera negra y los leones	28
Autillos	30
Rapaces	34
Leopardos	37
Monos	39
LA TREILLE MUSCATE	43
Primera Treille muscate	43
Viajes	48
Vinos	50
El pescado a la patada	54
Flores	58
Segunda Treille muscate	63
Midi hosco	70
EN BORGÑA	77
RECRIMINACIONES	83
EL FUEGO BAJO LA CENIZA	89
TREINTA Y OCHO CON CINCO	93

PUERICULTURA	99
RITOS	103
A BORDO DEL EROS	107
RETRATOS	113
Philippe Berthelot	113
La Mistinguett	116
Chanel	119
Landru	123
Pierre Faget, brujo	126
EN ARGELIA	131
Flor del desierto	131
Ahmed	134
Ouled-Naïl	138
APUNTES MARROQUÍES	143
Marraquech	143
El mudo	147
Rabat	149
Lyautey	150
Fez	152
Sefru	153
Dar-El Jamaï	154
Almuerzo marroquí	157
La audiencia del pachá	160
POSTFACIO, por Luis Prat Claros	165
CRONOLOGÍA, por Luis Prat Claros	175
BIBLIOGRAFÍA, por Luis Prat Claros	181